
The cover features a surreal landscape where a person in silhouette runs across a vast, flat expanse of cursive handwriting. In the foreground, the thick, aged pages of a book are visible, with a small, colorful insect-like creature crawling on them. The background is a hazy, dreamlike scene with a suspension bridge, birds flying in the sky, and a red building on the right.

 El lenguaje
oculto de los libros
Alfonso del Río

Bilbao y Oxford, 1933. Gabriel de la Sota, escritor y profesor en la Universidad de Oxford, es el heredero de una de las mayores fortunas vizcaínas, propietaria de una gran empresa siderúrgica. Pero alguien tenebroso ha descubierto un oscuro secreto de su pasado y está dispuesto a todo para hundirlo. C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien, sus mejores amigos, lo acompañarán incondicionalmente para que pueda crear la mejor historia jamás escrita.

Londres, 1961. Mark Wallace, padre de una niña de diez años que tiene un don muy especial, es un reconocido abogado británico a punto de retirarse. Un día recibe la visita de la escritora Úrsula de la Sota, quien le encarga que investigue sobre su pasado y herencia familiares: la prensa internacional se ha hecho eco de que la fortuna de Gabriel de la Sota quizá no se perdió completamente en 1933 y que las claves para saber dónde se halla pueden encontrarse en su última novela.

Una historia que viaja entre Oxford y Bilbao a lo largo de más de treinta años y en la que todos los personajes están conectados por un misterio que fue enterrado. Y solo será capaz de revelarlo quien logre descifrar el lenguaje oculto tras las páginas de la mayor obra del famoso escritor.

Un relato sobre el bien y el mal, sobre el amor a la verdad y a la literatura, sobre la fuerza de la auténtica amistad, la que siempre acompaña y no juzga.

Índice

La obra definitiva

Una declaración de intenciones...

Primera parte. El Bien y el Mal

Mi cliente

El escritor

Preludio de la tormenta

La tormenta

Comienza la búsqueda

Reconociendo el terreno

La última novela

La bruja madrina

Vínculos

Un joven gris

Segunda parte. La Sabiduría

Una conversación entre amigos

El primer ataque

La primera pista

Y ahora, ¿qué?

La Catedral del Saber

Encuentro con el Mal

Los buenos tiempos

Un té con un viejo amigo

Tercera parte. La Fraternidad

Una conversación entre amigos

La madre

El segundo ataque

Si las paredes hablaran

Nombrar al diablo
En el tren de la noche
Un salto de altura
El río de los muertos
El puente
Ariel

Cuarta parte. La Justicia

Una conversación entre amigos
Lágrimas en la arena
Los tres escritores
Entre viejos papeles
La mansión, la niña y el piano
Tocata y fuga
El creador de la Tierra Media
Buscando respuestas
Los símbolos
Una cuestión de honor
La tercera pista
La biblioteca del libro perdido
Una lógica sin salida
Una visita inesperada

Quinta parte. El Amor

Una conversación entre amigos
Un problema caído del cielo
El cuarto ataque
El reencuentro
Un giro inesperado
El Castillo del Mal
Divide y verás
El castillo
La ermita
Heridas
Adivina quién viene esta noche
La muerte de un ruseñor

Sexta parte. La Libertad

Una conversación entre amigos

El incendio

Sospechosos

Una aparición

Volver

Mi reconciliación con Lewis

Una última pista

Debajo del sombrero

La respuesta al acertijo

Para qué vivir cuando ya estoy muerto

Epílogo

El origen del Mal

El lenguaje oculto de las palabras

Notas aclaratorias del autor

Agradecimientos y reflexiones finales

*Para Ana.
Y para ti. Gracias por leerme*

La obra definitiva

Oxfordshire, diciembre de 1933

Recluido en su finca de Oxfordshire, escribió como nunca lo había hecho. Meses de trabajo incesante, de conversaciones infinitas, de todo tipo de reflexiones, de notas que culminaban entonces. Hojas y hojas garabateadas por su pluma, a la que hacía volar al son de sus pensamientos.

Gabriel de la Sota por fin estaba escribiendo las últimas páginas de ese libro que llevaba gestándose durante años en su cabeza. Probablemente lo mejor que había escrito jamás. Hasta ese momento había estado trabajando en otros manuscritos, pero todos los había dejado interrumpidos siguiendo la llamada de la que intuía que iba a ser su obra definitiva. Nada era más importante. Tenía que terminarla. Su vida dependía de ello.

Por fin una tarde, de regreso de uno de sus largos paseos, Gabriel, acompañado de sus fieles perros de caza, Leo y Boro, cruzó el umbral, se quitó el sombrero y lo dejó en el gabanero. Por un instante reparó en la imagen que le devolvía el gran espejo que había en el recibidor. Frente a él vio a un Gabriel consumido. Su bigote, en otro tiempo perfectamente recortado, ahora estaba abultado y descuidado. Suspiró. Se había quedado solo. Todo el personal de la casa se había ido. A muchos no había podido mantenerlos económicamente, y otros habían huido tras el violento asesinato que había tenido lugar semanas atrás, entre esas mismas paredes.

Su mujer, aún en Bilbao, ni tan siquiera le había llamado. Cuando le comentó que se iba de la ciudad para centrarse en la redacción de su última novela, ella no mostró el más mínimo interés. De la Sota no necesitó esforzarse en disimular que su único deseo era huir de Bilbao para refugiarse en Oxford. Justo al contrario de lo que había hecho años atrás cuando, impelido por la muerte de su padre, tuvo que abandonar la ciudad de las agujas de ensueño para ponerse al frente de la empresa familiar y formar una familia junto a Amaya Eguidazu, entonces una joven de una próspera familia bilbaína.

El único que no parecía haberlo abandonado era aquel ser diabólico.

Pero él, finalmente, había terminado su novela, la que sería su mejor salvoconducto, su mejor defensa ante el acoso de esa bestia anónima que parecía obsesionada por destruirle a él y acabar con todo lo que amaba.

Esa noche, como todas las anteriores, se asomó a la ventana que daba a los oscuros jardines de su mansión. Vislumbró una figura siniestra, vestida con una larga capa y un sombrero de ala ancha que le ocultaba el rostro. Portaba un viejo farol que aumentaba el aura fantasmal de su presencia. Se paseaba por la finca con sigilo pero desafiante y, de tanto en tanto, volvía su rostro oculto hacia la ventana del estudio de Gabriel. Tan solo para que él supiera que estaba allí. Al acecho.

Cerró las cortinas con resignación. A fin de cuentas, qué más daba ya. Subió por las escaleras hasta sus aposentos. Se puso una ropa más cómoda y dispuso el resto de sus manuscritos en la caja fuerte de la biblioteca. Su último libro, *El Señor del Mal*, viajaba ya camino de Bilbao. Sentado en la butaca de su estudio contemplaba el hueco que habían dejado los ejemplares —algunos de ellos de un valor incalculable— que hasta hacía unos días ocupaban las largas estanterías de la sala. Su proximidad le había ayudado a encontrar la motivación que siempre necesitaba para no

ceder al desaliento, para continuar creando. Le habían servido de acicate para no desfallecer, para seguir luchando por cada palabra escrita, para atrapar cada idea y poder así plasmarla en sus novelas; en especial en esta, su obra última, la definitiva.

De alguna manera, como ocurre con todo lo que se ama y cimienta nuestra estancia en el mundo, se sentía responsable del cuidado de todos esos manuscritos. Por eso había resuelto —con una determinación casi atávica— que, ante la amenaza que se cernía sobre su propia vida, era su deber trasladarlos a un lugar más seguro. Así, en aquella casa solo quedarían él y su demonio a la espera de un desenlace que presagiaba fatal. Ya estaba todo dispuesto. Curiosamente en ese momento, por primera vez en los últimos días, el miedo desapareció.

Justo después le alcanzó el olor a brea, a madera quemada, y supo que él, don Gabriel de la Sota, el famoso escritor, el hombre de negocios, el padre y esposo, desaparecería irremisiblemente en el incendio que acababa de desatarse en la planta baja de su casa en Oxfordshire. Y que aquellas llamas no eran más que la representación física del infierno en que había estado viviendo desde hacía ya demasiado tiempo.

Una declaración de intenciones*

Soy Escritor. Y si usted está aquí, conmigo, es porque es mi Lector.

Estoy decidido a que esta nueva novela sea la mejor que haya escrito. La mejor que se haya escrito jamás. Pero siempre me encuentro en la misma encrucijada. Tomo mi pluma y me debato entre la razón y la emoción. Entre pensar lo que escribo o, sencillamente, sentirlo. Dejar que mi pluma vuele sobre el papel eleva mi pensamiento. Alumbra mi sentimiento. Hay algo casi místico en el propio acto de escribir que me demuestra que va mucho más allá de un mero proceso creativo. Escribir es soñar, crear y morir. Es algo que no se puede aprehender, porque en la medida en que una idea se somete al juicio de la razón para evaluar si ha de ser escrita, pierde su esencia. Su naturalidad. Su magia.

Por eso yo me abandono a la emoción. Así escribo.

Le pido, Lector de cualquier clase o condición, de cualquier época o de cualquier mundo, que sostenga este libro entre sus manos y, antes de abordar su lectura, cierre por un instante los ojos y se centre en su propia respiración. Para prepararse ante lo que va a leer. Para estar en disposición de percibir, con cada inspiración, cómo participa de la maravilla de una aventura infinita o de un peligro mortal. Y al espirar, deje que salga de usted cualquier sensación que lo aparte de esta historia, que lo separe de cada frase, de cada palabra. Note en sus manos el peso de estas hojas. Concéntrese en su tacto. Visualice que lo que sostiene es una obra única y cargada de misterio. No se separe de mí y me convertiré en su más fiel guía por una trama de intrigas y miedos. Cierre los ojos y respire. ¡Deténgase! Cierre los ojos. Por favor, hágalo.

Y ahora, más concentrado en el hoy y en el ahora, piense que las personas solo podemos vivir de verdad un solo instante: el presente. Porque es el único momento en el que podemos tomar decisiones, aunque luego nos pesen o las celebremos toda la vida.

Ahora sí, ahora abra las páginas de esta novela y comience a leer. Acompáñeme. No le prometo un entretenimiento infinito, pero sí momentos grandiosos. ¿Qué es esta vida sino esos momen-

tos? De usted y de mí depende que vivamos la vida queelijamos o que dejemos que sea la vida quien nos viva a nosotros.

*[DEL PRÓLOGO A «EL SEÑOR DEL MAL»,
DE DON GABRIEL DE LA SOTA,
EDITORIAL ZURIGORRI, BILBAO, 1934]

Primera parte

El Bien y el Mal

Mi cliente

—Cuando el sol iluminaba tus días, todo eran amistades, lisonjas y honores. Pero cuando llegó la lluvia y la oscuridad, te dejaron solo. Te giraste y la oscuridad te había arrebatado tu sombra.

—Querida, ¿y qué más da? Cuando llueva... recuerda que solo es agua.

ÚRSULA DE LA SOTA Y GABRIEL DE LA SOTA

Londres, junio de 1961

Mi nombre es Mark Wallace y soy un hombre de costumbres. Cómo no iba a serlo, soy inglés y abogado, por el amor de Dios. Pero la visita que me espera hoy en mi despacho, mucho me temo que me hará abandonar la rutina en la que se han instalado últimamente mis días.

Son las seis de la mañana cuando las campanitas del maldito despertador insisten en recordarme la desagradable sensación de estar vivo. De tener que afrontar otro día sin sentido, como lo son todos desde que mi vida cambió para siempre hace tan solo unos meses.

Antes me levantaba como un rayo y ahora solo deseo ser partido por uno. No me reconozco. Soy una maldita sombra de lo que fui. No obstante, como cada jornada, venzo el miedo y la angustia y me levanto. Me pongo mi batín de seda y camino descalzo hasta la habitación de mi pequeña Anne. Abro silenciosamente la puerta y contem-

plo cómo duerme la única razón por la que me sigo despertando cada mañana.

Su habitación está repleta de partituras. A pesar de su peculiaridad, que la muestra tan desapegada de todo a veces, la niña no puede vivir sin sus notas, sin su música. Me acerco a ella y cumplo con el ritual instaurado hace ya diez años, cuando nació. Beso su frente y acaricio su pelo. Pero ahora, después de que la desgracia llamara a nuestra puerta, aprovecho este momento para susurrarle al oído unas palabras. Tengo la esperanza de que, si se las recito en sueños, su cerebro, a veces prodigioso y a veces desvalido, las procesará y las fijará en su subconsciente.

—Perdóname..., perdóname, hija mía.

Hoy no lloro. No sé por qué. Es algo que a veces ocurre y a veces no. Abandono su habitación y bajo las escaleras mientras me enciendo el primer cigarro del día. La señora Collins aparece diligente por el salón, ataviada con su cofia y su impecable uniforme.

—Buenos días, señor Wallace. Su desayuno está listo...

Después de una frugal colación, me cambio y voy a practicar boxeo al club privado, situado a pocas manzanas de mi casa, en el centro de Londres.

Allí hago ejercicio durante una hora, como cada día. Últimamente, he intensificado los entrenamientos, entregándome de un modo casi enfermizo a cada uno de ellos. Lo doy todo porque no tengo nada que quiera guardarme. Y la verdad es que esa sobredosis de endorfinas se ha convertido en uno de los más eficaces tratamientos contra mis demonios. Lamentablemente no es el único. He encontrado otro remedio para evadirme. Menos saludable, pero más rápido... Ya llegaremos a él.

Me ducho allí, me enfundo en un traje de raya diplomática y me pongo un chaleco cruzado a juego y mi sempiterno sombrero. Camino hasta el despacho mientras fumo otro cigarrillo.

Mis pasos reticentes me llevan en pocos minutos hasta mi bufete, Wallace & Associates Lawyers. Un despacho que fundé yo mismo el año en que nació Anne. Hago mi entrada, como siempre, a las ocho de la mañana. Ya he dicho que soy un hombre de costumbres. O lo era antes y ahora tan solo me aferro a ellas para seguir adelante.

Todo es movimiento a mi alrededor. Llamadas, el repiqueteo de las máquinas de escribir, el humo del tabaco y el ir y venir de los abogados que trabajan en el despacho a pleno rendimiento. Quizá sea yo la única nota discordante de una sinfonía que yo mismo compuse.

Mi secretaria me acerca mi taza de té y la prensa del día, cosa que agradezco con una sonrisa vacía. Entro en mi despacho y me desplomo en el asiento. Enciendo otro cigarro y miro con demasiada avidez el mueble bar que tengo bajo la biblioteca. Chasqueo la lengua. Todavía no. Aguanta, Wallace, es demasiado temprano, joder.

Hoy tengo una sorprendente cita profesional con Úrsula de la Sota, la hija del insigne escritor y empresario don Gabriel de la Sota. Ha seguido los pasos de su padre y está cosechando su mismo éxito. La prensa anuncia su inminente presencia en la Universidad de Oxford, que le ha otorgado el título de doctora *honoris causa* en reconocimiento a su destacada trayectoria en el campo de las letras. La ceremonia tendrá lugar en unos días. ¿Qué hace una mujer como ella pidiendo el consejo de un abogado? Me tiene desconcertado.

Una luz tenue pero afilada se filtra por las persianas de mi despacho con vistas al Támesis. A pesar de que la temperatura es fresca, hoy luce un sol deslumbrante. Las diminutas partículas de polvo se evidencian en los haces de luz, suspendidas en el aire. Yo espero sentado en mi mesa, consultando el periódico y dando pequeños sorbos al maldito té, que ahora asocio más bien con un premio de consolación. No es whisky y por eso lo odio.